

# De misionero a conquistador. Amado Alonso a la luz del Centenario del Instituto de Filología



Emiliano Battista

Universidad de Buenos Aires, Instituto de Filología y Literaturas  
Hispánicas “Dr. Amado Alonso” – Consejo Nacional de Investigaciones  
Científicas y Técnicas, Argentina  
ironlingua@hotmail.com

## Resumen

Esta contribución ofrece un recorrido histórico con el que busca conceptualizar aquello que describe bajo la noción de *atributos* de Amado Alonso, entendiéndolos como una manera de analizar sus aportes, de interpretar el alcance de su labor en el Instituto de Filología y de representar un período fundamental del desarrollo de las ideas lingüísticas en la Argentina, en particular, y en el mundo hispánico, en general. Para ello, presentamos su condición de filólogo –*analista, historiador y epistemólogo*– en la dimensión disciplinar, de director –*docente y traductor*– en la dimensión institucional y de *figura pública* en la dimensión social.

**Palabras clave:** Amado Alonso; Instituto de Filología; historia; lingüística; Argentina.

## From Missionary to Conqueror. Amado Alonso at the light of the Centenary of the Institute of Philology

### Abstract

In this article, we offer a historical survey to try to conceptualize what we describe under the notion of Amado Alonso's *attributes*, understanding them as a way of analyzing his contributions, of interpreting the scope of his work at the Institute of Philology, and of representing a fundamental period in the development of linguistic ideas in Argentina, in particular, and in the Hispanic world, in general. To do this, we will present his role as philologist –*analyst, historian and epistemologist*– in the disciplinary dimension, as director –*teacher and translator*– in the institutional dimension and as *public figure* in the social dimension.

**Keywords:** Amado Alonso; Institute of Philology; history; linguistics; Argentina.



## 1. Introducción

El Instituto de Filología –que el 6 de junio de 2023 celebró el primer centenario de su inauguración– recibió la denominación actual y, por el momento, definitiva en 1963. Bajo la primera dirección de Ana María Barrenechea (1961-1966),<sup>1</sup> a raíz de la incorporación de los Institutos de Literatura Española y de Literatura Iberorrománica, pasó a llamarse Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas “Dr. Amado Alonso” (Weber de Kurlat, 1975; Romanos, 2013). Sin embargo, aquí no me interesa reparar sobre la extensión de su denominación en materia de disciplinas, sino sobre el sujeto referido, que en ese entonces ya formaba parte del nombre del organismo. Fue en 1959 que el centro de investigación porteño adjuntó a su denominación al doctor en cuestión: Amado Alonso (1896-1952).<sup>2</sup> Semejante reconocimiento estaba vinculado a su consagrada gestión entre 1927 y 1946, la que –sin estar exenta de los caprichos del destino (ora exógenos, como las guerras, ora endógenos, como las enfermedades)– coincidió con la etapa más prolífica de su actividad docente e investigativa y supo colocar al Instituto en el ápice de la filología hispanoamericana.

La trayectoria profesional de Amado Alonso hizo que, históricamente, en instancias de homenaje o en fechas celebratorias, múltiples autoridades e investigadores de renombre refirieran a él, tanto para destacar su labor como su persona (Alonso, 1952; Coseriu, 1952; Guitarte, 1952, 1998; Rosenblat, 1952; Barrenechea, 1995-1996; Portolés, 1996; entre otros). Creo que más allá de la simbología a las que nos invita el cumplimiento de ciertos aniversarios y décadas, la maniobra retórica era esperable, dado que contemplar su persona o su obra aisladamente –una escindida de la otra– solo podía ser fruto de una especulación sin correlato en la realidad, en la que ambas –verdad de Perogrullo, quizás– debieron aparecer (y mostrarse) juntas.

Mi objetivo aquí es conceptualizar aquello que describo bajo la noción de “atributos” de Alonso, pero no para que mi texto se agote en el relevo ocasional de cualidades intelectuales, sino para poner el foco sobre el alcance disciplinar, institucional y social que tuvieron los aportes del director cuyo nombre hoy, y desde hace más de sesenta años, forma parte de la denominación del organismo.<sup>3</sup> Antes de avanzar sobre este punto (que constituye la sección medular de mi trabajo), creo necesario ofrecer un breve panorama del proceso de creación del Instituto y del contexto en el que Alonso tomó su cargo.<sup>4</sup>

## 2. El origen del Instituto y el ideal de unidad cultural panhispánica

El Instituto de Filología fue inaugurado en 1923 por Ricardo Rojas: historiador y literato argentino que entonces era decano de la Facultad. Su interés por fundar este tipo de estudios en el país se remontaba a *La restauración nacionalista* (1909), obra en la que

<sup>1</sup> Ana María Barrenechea fue la primera directora mujer del Instituto. Su segunda dirección tuvo lugar con el retorno de la democracia en 1984 y se desplegó hasta 2002.

<sup>2</sup> En 1950, bajo la gestión de Alonso Zamora Vicente (1948-1951), el último director español, el centro de estudios porteño adquirió la denominación de “Instituto de Filología Románica”. Al iniciarse la gestión de Arturo Berenguer Carisomo (1953-1956), el organismo tomó el nombre de “Instituto de Filología Hispánica”. En 1959, durante la gestión de Marcos Augusto Morínigo (1957-1961), pasó a denominarse “Instituto de Filología Hispánica ‘Dr. Amado Alonso’”.

<sup>3</sup> Considero, además, que el análisis de los atributos de Alonso cumple con el lema del Centenario, puesto que habilita la conceptualización del pasado del Instituto de Filología en términos de un legado, vigente en un presente (no solo como objeto de investigación histórica) e, incluso, en un futuro (aunque sea inmediato) en virtud de las proyecciones actuales.

<sup>4</sup> La presente semblanza incurre en todos los pecados en los que puede incurrir un investigador. Por momentos, puede resultar hagiográfica, laudatoria y un tanto inespecífica a los fines didácticos –una calificación que, paradójicamente, suele estar enemistada con los pronunciamientos académicos–; en ciertos pasajes puede lucir elegiaca y en otros (excesivamente) entusiasta. Tal como lo testimonian estas aclaraciones, no busco ocultar ninguno de esos rasgos. A mi criterio, el acontecimiento conmemorado atenúa el presunto descrédito de las licencias; la figura destacada, a su vez, las motiva.

había juzgado de “deplorable” el sistema educativo argentino y había propuesto una serie de herramientas para tornarlo más eficaz. Consideraba que la historia –disciplina capaz de impulsar la formación de una conciencia nacional (1909: 45)– era la clave para reorientar el estudio de las humanidades; a su criterio, una educación con eje en el pasado y la tradición permitiría a la Argentina de 1910 recuperar su homogeneidad y potenciarse con la inmigración. Rojas apuntaba:

En cuanto a filología y literatura española, el plan es aún deficiente. Debe ser más vasto y más intenso. Debe estudiarse sobre todo la vida del castellano en América. Debe prepararse el gramático nuestro que dé a la enseñanza general la renovación de textos y de métodos que tanto necesitamos. En estas asignaturas, ya tan renovadas en otras partes, poco hemos andado desde los tiempos del Nebrija. Pero, en general, debe decirse que en la Facultad de Letras el terreno se halla oportunamente preparado para ser el centro de la vasta renovación histórica que proyecto... (1909: 300-301).

De este pasaje se desprenden dos series de interrogantes. Primero: ¿por qué la filología? Porque dialogaba tanto con las ciencias duras como con las humanidades y estudiaba la lengua, una “herramienta crucial para enarbolar identidades” y “aglutinar a una población heterogénea” (Lida, 2019: 25). Esta disciplina, además, operaba como un dispositivo “capaz de convertir textos en monumentos”, era una “herramienta estratégica para la construcción de un canon textual autorizado” (Degiovanni, 2007: 147). El proyecto nacionalista de Rojas, por consiguiente, advertía la necesidad de establecer un espacio (físico) en la universidad para darle el respaldo institucional requerido a este saber. Segundo: ¿qué tipo de nacionalismo impulsaba Rojas? ¿Con qué tradición debía entroncarse el ser argentino? Al respecto, aquel decía: “Si conociéramos mejor al pueblo ibérico, veríamos hasta qué hondura de entraña somos españoles. El haber adoptado instituciones yanquis o francesas no ha quebrado, ni quebrará en nosotros, la persistencia del alma hispánica” (1909: 172).<sup>5</sup>

En 1922, Rojas ya contaba varios años de experiencia como docente e investigador en las universidades de La Plata y de Buenos Aires y desde hacía una década era miembro de la Junta Consultiva de la Institución Cultural Española, organismo que, entre otras cuestiones, velaba por la unidad del castellano en América y enfatizaba la función regulativa de la enseñanza de la lengua. Ese año –tras un intento fallido de Coriolano Alberini en 1920<sup>6</sup>– Rojas presentó un proyecto de creación de un “Instituto de Lingüística”, que logró ser aprobado. La denominación referida (en lugar de “Instituto de Filología”) puede causar cierta curiosidad, pero si nos remitimos una vez más a un pasaje de su obra programática, rápidamente advertimos cuál era la distribución (no necesariamente adecuada, sobre todo a la luz de la línea de pensamiento de la escuela de filología española) que efectuaba de los términos: “Quien pretenda considerar estas cátedras de quichua y guaraní *con criterio de filólogo, aplicándoles argumentos hechos para las lenguas muertas o sin literatura, se equivocará*” (1909: 266; las cursivas son mías).

Luego, siendo consecuentes con el nacionalismo hispanizante de Rojas, las autoridades de la Facultad recurrieron a los profesionales del Centro de Estudios Históricos

<sup>5</sup> En este sentido, cuando Rojas inauguró el Instituto de Filología en 1923, al justificar la convocatoria de profesionales españoles para su dirección, dijo: “mi nacionalismo no excluye lo español, puesto que lo considera fuente de argentinidad” (1923: 10).

<sup>6</sup> El 26 de mayo de 1920, en su papel de decano de la Facultad, Alberini presentó un “Proyecto de ordenanza” (1920) para la creación de un Instituto de Filología, compuesto por cuatro secciones: Filología general, Filología romance, Filología americana y Filología indígena. Este proyecto, además, solicitaba autorización para que el decano pudiera ser asesorado por los “señores” Ramón Menéndez Pidal y José Ortega y Gasset en la designación del director del Instituto. Al día de hoy, este documento –un texto manuscrito de una carilla– se exhibe en la actual dirección del Instituto.

de Madrid<sup>7</sup> para la organización del Instituto; específicamente, creado el organismo, resolvieron nombrar a Ramón Menéndez Pidal como su director honorario, cargo que lo habilitaba a designar a los profesionales españoles que cumplirían funciones efectivas en la Universidad de Buenos Aires. Si bien la ordenanza de 1922 consagró la denominación inicialmente proyectada por Rojas de “Instituto de Lingüística”, tras el nombramiento de Menéndez Pidal todas las referencias al centro de estudios porteño en el ámbito administrativo se efectuaron bajo el rótulo de “Instituto de Filología”; y así fue hasta 1940, cuando finalmente se oficializó esta denominación (Toscano y García, 2011; Ciapusio, 2016).<sup>8</sup>

¿Quién era Menéndez Pidal a la luz de la representación de la historia del Instituto que aquí me propongo trazar? ¿Quién era este filólogo al que Rojas acudió con el objeto de reconstruir los vínculos políticos y culturales entre España y la Argentina tras cumplirse el centenario de la independencia?<sup>9</sup> José del Valle (2017) sugirió pensar la figura de Menéndez Pidal bajo la noción de “intelectual” propuesta por Edward Said en *Representaciones del intelectual* (1994). Un intelectual posee, desde este enfoque, “una destreza superior en el arte de la representación, con singular capacidad para deconstruir y construir relatos” (2017: 225); en este caso, para forjar un gran relato de unidad cultural panhispánica. La capacidad intelectual de Menéndez Pidal se desplegó en tres dimensiones: la esfera disciplinar, la esfera institucional y la esfera pública (o social). Creo que desde esta óptica podemos intentar dar respuesta al objeto de indagación planteado desde el comienzo de esta contribución. ¿Cómo conceptualizar los atributos de Alonso desde una mirada historiográfica? ¿Qué alcance disciplinar, institucional y social tuvieron sus aportes? Y, casi como un desprendimiento de estos, es posible formular otros dos interrogantes, al menos para la primera parte de nuestra contribución. ¿Cuál fue el rol desempeñado por Alonso en los primeros tiempos del Instituto de Filología? ¿Cómo entroncó la labor científica de Alonso en la Argentina con el ideal de unidad cultural panhispánica impulsado por las instituciones españolas en América? ¿En qué momento los aportes de Alonso alcanzaron una magnitud que trascendió las funciones inicialmente proyectadas por el Centro de Estudios Históricos de Madrid?

### 3. Los atributos de Alonso

Alonso poseía los atributos del “intelectual”. En primera instancia, fue el intelectual enviado por Menéndez Pidal para poner en práctica su labor en América. Valiéndome del anacronismo, me atrevo a decir que ofició de *adelantado*: aquel a quien el rey le confiaba el mando en las tierras de destino. Al igual que antes lo fueron sus predecesores, Alonso era uno de los adelantados del proyecto de unidad cultural panhispánica impulsado por el Centro de Estudios Históricos.<sup>10</sup> Al momento de su arribo a la Argentina en 1927, se trataba de una joven promesa que, por designación específica de Menéndez Pidal,<sup>11</sup> llegaba a América buscando un sitio en el mundo en el que

7 En 1922, este centro se hallaba en pleno proceso de expansión atlántica en Nueva York y en San Juan de Puerto Rico (Lida, 2019: 27).

8 Resulta significativo que en una conferencia de 1940 (sobre la que me detendré más adelante), justo el mismo año en que se consumó formalmente el cambio de denominación del Instituto, Alonso buscara clausurar la discusión reclamando la “identidad obligatoria, como programa, de los dos términos *filología* y *lingüística*” (1940a: 24).

9 Para un análisis del intercambio epistolar entre Rojas y Menéndez Pidal puede consultarse Chicote (2020).

10 Tomo la expresión en relación con un cargo de prestigio, valuado desde la mirada peninsular en tiempos de la colonia; sin embargo, una acepción negativamente connotada de este término fue utilizada por Vicente Rossi al juzgar la labor de los directores del Instituto: “El catalán Sr. Montoliu y el americano-ibero don Américo Castro, favorecidos por el autoreclame de unos *eurindios* de la Universidad de Buenos Aires, vinieron a esta nuestra jenerosa tierra como *adelantados* y *corregidores*, llamados para *fundar* y *dirigir* un Instituto de Filología” (1929: 5; sic).

11 Según he señalado, Menéndez Pidal oficiaba como director honorario del Instituto y era el encargado de designar a las autoridades que cumplían funciones efectivas en este organismo; así lo había hecho con Américo Castro en 1923, Agustín Millares Carlo en 1924, Manuel de Montoliu en 1925 y, tras el nombramiento interino del antropólogo

afanzarse en el campo de la reflexión filológica. Tras una estancia de aprendizaje en Puerto Rico junto a Tomás Navarro Tomás y Federico de Onís, con una carta de presentación y una formación durísima en fonética y fonología, Alonso dispuso de un contrato para desempeñarse como director del Instituto solamente por un trienio. Sin embargo, su gestión devino extensa y no se redujo al rol que se le encomendó inicialmente, sino que estuvo signada por una nutrida actividad intelectual que lo convirtió en agente principal de un proceso de modernización del saber lingüístico en todo el mundo hispánico.

Procurando seguir con la lógica argumental ensayada hasta aquí, formulo la siguiente pregunta. ¿Quién fue Alonso a partir de su paso por la Universidad de Buenos Aires? No por su rebeldía, sino por la fecundidad de su pensamiento y por su capacidad para el establecimiento de vínculos institucionales, Alonso llegó a ser mucho más que un *merónimo* –apelando al concepto semántico referido a la relación parte/todo– de los designios de Menéndez Pidal. Alonso fue un intelectual cuyo saber disciplinar –la lingüística/la filología– contó con el respaldo institucional –la Universidad de Buenos Aires, la Universidad de Harvard o El Colegio de México– que le permitió situarse en el centro de la escena de la vida pública (y social) de la Argentina, en particular, y de América, en general, definiendo un vínculo mucho más profundo al que existía hasta entonces entre intelectualidad y política. A continuación veremos cuáles fueron los aportes en cada una de las dimensiones mencionadas.

### 3. 1. Alonso filólogo. La dimensión disciplinar

En este caso relevo en la producción de Alonso su condición de filólogo. A los fines analíticos, propongo un desdoblamiento de esta faceta, dado que logro identificar en ella dos atributos: uno de orden estrictamente disciplinar –al que podemos referir bajo el rótulo de “analista”– y otro de orden meta-disciplinar –en el que aparecía su perfil de “historiador” y/o “epistemólogo”–.

#### 3. 1. 1. *Analista*

Apenas llegado a Buenos Aires, Alonso buscó promover aquello que él mismo denominó “Lingüística espiritualista” (1927a). Presentó tempranamente la propuesta en un artículo que, en términos historiográficos, resulta fundamental para comprender, de manera programática, su labor científica desde su primer año en el Instituto. Esta perspectiva congraciaba epistemológicamente con el idealismo lingüístico, un enfoque que predominó en la reflexión sobre el lenguaje llevada a cabo en Italia y Alemania durante el período de entreguerras y que comenzó a difundirse en España hacia 1920 (Portolés, 1986). La lingüística practicada por Alonso valoraba el aspecto subjetivo y creativo del uso del lenguaje y renegaba tanto del naturalismo como de las explicaciones mecanicistas de corte neogramático. Su perfilamiento teórico constituía un ejemplo paradigmático del marcado rechazo con el que el idealismo procuraba deslegitimar un modo de concebir el lenguaje al que advertía continuador del positivismo decimonónico y que en aquellos años se consolidaba bajo el rótulo de “estructuralismo” –en el que eran identificables, no sin matices ni bemoles, al menos tres escuelas: Praga, Copenhague y Yale (Kovacci, 1967)–.

Alonso no limitaba su punto de vista al terreno meramente especulativo, sino que aplicaba la teoría al análisis de fenómenos lingüísticos concretos. Consideraba que la intervención del sujeto que ponía en funcionamiento el sistema cargaba de significación a las formas lingüísticas, en las que el componente nocional se combinaba

de origen alemán Roberto Lehmann-Nitsche en 1926, hizo lo propio con Alonso en 1927 (Kovacci, 1999; Ciapuscio, 2006, 2016; Di Tullio, 2007; Toscano y García, 2009, 2013, 2016; Navarro, 2011; Lida, 2019).

con el componente afectivo, entendido este como un modo de intuir los objetos del mundo. Esta interpretación se aplicaba, según Alonso, al estudio de todos los órdenes del lenguaje, tanto en la dimensión sincrónica como en la dimensión diacrónica. Esto ocurría, pues, en la fonética –al definir la disciplina no como fin en sí, sino como “herramienta de alta precisión” para la descripción de los moldeamientos del espíritu sobre la materia física (1927b: 229)– y en la fonología –al presentar el fonema como una unidad constituida por “rasgos intencionalmente significativos”, con realidad en la “conciencia lingüística de los hablantes” (1944, 1945a)–.<sup>12</sup> Lo mismo acontecía en la morfología con su interpretación estilística de los valores expresivos del artículo (1933a) y el diminutivo (1935a); también en la sintaxis, con el análisis de los verbos de movimiento (1939a), y, finalmente, en el léxico, con los nombres de la hierba según el gaucho (1930a, 1933b) o los nombres de la lengua (española) (1931a, 1936).

Creo oportuno presentar de manera extremadamente sucinta el análisis realizado por Alonso en algunos de esos trabajos. Por ejemplo, según señalaba, en términos de contenido conceptual, el morfema de diminutivo tiene, por definición, la “significación de empequeñecimiento” (1935a: 106), pero casos como “*Entre usted despacito, vaya deprisita* no suponen más lentitud ni más celeridad”, sino que “simplemente son más cortes o más recomendativos”; en *me gusta la sopa calentita*, el diminutivo no se interpreta como *muy calentita*, sino que “insiste afectiva y representacionalmente en el calor y en el gusto”; y en “*ya estamos los dos solitos* un enamorado no significa una soledad mayor”, sino que el diminutivo “apunta a la especial emoción que le causa el estar los dos a solas” (1935a: 107). Esta era la manera en la que Alonso aportaba líneas directrices para el análisis de las nociones de cortesía y afectividad.

En el nivel léxico, la interpretación desde la mirada de la estilística se representaba con el mencionado análisis semántico del nombre de las hierbas según el gaucho:

[...]yerba es la de uso personal; *pasto* es la que se utiliza para el alimento del ganado; *cardos* es alimento de segunda calidad para el ganado y combustible, de seco, para los pastores; *paja* es la vegetación estorbosa e inútil que hace un campo inadecuado para el pastoreo; *yuyos* la dañina, la que el ganado rechaza (1933b: 9).

Según Alonso, estas formas lingüísticas ofrecían un “valor estético” o “modo de intuición del objeto”; tenían “el poder de denunciar el modo de interés vital que hay en el hablante por el objeto nombrado” (1933b: 9). El aporte rondaba, en este caso, en torno a la dimensión evaluativa del significado léxico.

En cuanto a los verbos de movimiento en español, en expresiones como *anda enamorado/moribundo*, *salió herido/con un desplante*, etc., Alonso advertía ejemplos de “proliferación y variedad de matices” de ciertas construcciones sintácticas, que “entrañan cambios semánticos”, pues adquieren “nuevos valores expresivos”, creando “nuevos giros, rehaciendo y vivificando constantemente el sistema” (1939a: 106).

Con la cita de estos ejemplos intenté ilustrar la condición de analista de Alonso, cuyas interpretaciones ponían en evidencia el rol de la subjetividad en la elección (y en la conformación) de las formas lingüísticas, donde el componente nocional se combinaba con el componente afectivo, entendido como un modo de concebir o intuir (esto es, de conceptualizar, de ponderar o de valorar) los objetos del mundo.<sup>13</sup>

<sup>12</sup> Un trabajo muy ilustrativo de la visión de Alonso de la fonética como una herramienta metodológica al servicio de los intereses de la geografía lingüística y la dialectología es “Geografía fonética” (1945), publicado en coautoría con Raimundo Lida.

<sup>13</sup> Para un análisis del modo en que Alonso practicó la interpretación idealista en fenómenos lingüísticos concretos puede consultarse Battista (2016).

### 3. 1. 2. *Historiador*

A excepción de una conferencia inédita (1940a) en la que la temática recibió tratamiento exclusivo, no disponemos de textos en los que Alonso haya ofrecido abiertamente un recorrido analítico por la historia de la lingüística. Sin embargo, fueron muchas las intervenciones (1927a, 1928, 1932a, 1940b, 1943a, 1945b, 1951) en las que, indirectamente –es decir, sin que ello constituyera su objeto específico de indagación–, destinó ciertos pasajes al despliegue de fugaces (y, en términos historiográficos, simplificadoras) reconstrucciones del pasado de la disciplina. El procedimiento estaba al servicio de su argumentación, que aspiraba a reivindicar y consolidar la tradición idealista con la que se identificaba su interpretación espiritualista. Esta estrategia discursiva exhibía su faceta de historiador y, eventualmente, de epistemólogo.

A los fines ilustrativos, en primer lugar me refiero a la conferencia con la que Alonso asumió en 1927 la dirección del Instituto.<sup>14</sup> Su intervención se proponía presentar, a modo de “comentario internacional” (1928: 38), el libro de Menéndez Pidal: *Orígenes del español* (1926), obra en la que se practicaba una “síntesis cuadrangular” entre psicología individual, psicología colectiva, historia y geografía (1928: 34). Alonso reseñaba el material apelando al trazado de un recorrido por la historia del pensamiento lingüístico que le permitía practicar dos movimientos argumentativos: por un lado, desarmar la contienda entre idealistas y positivistas y, por otro, disolver la dicotomía entre historia y geografía. En ambos casos, el objetivo era la postulación de una perspectiva (aunque incipiente) propia: una lingüística espiritualista, integradora y superadora.

Alonso señalaba la existencia de un período romántico y comparatista –“con su fuga hacia lo patético y hacia el gesto amplio y sobresignificativo”–, del que ponderaba los hallazgos de Jacob Grimm, quien había establecido el parentesco de las lenguas, “dando una norma segura para las etimologías” (1928: 29-30). Luego, asociaba la figura de August Schleicher con la aparición del interés por el trabajo sobre las lenguas vivas (a la par que las muertas), el estudio de la pronunciación (y no únicamente de la grafía) y la disposición de gradaciones cronológicas como un medio para llegar a la reconstrucción de formas no documentadas; la ventaja fue que la comparación devino “ciencia histórica” (1928: 30).

A continuación, Alonso valoraba la satisfactoria explotación que, en 1880, comenzaron a hacer de este método ya ortodoxo los germanistas y romanistas, pensando el cambio lingüístico en términos de leyes. Específicamente, explicaba que “la abundancia de las aparentes infracciones de las leyes lingüísticas” invitó a los profesionales del área a tomar nuevos rumbos explicativos y los llevó “fuera de la lengua”: hacia la conducta y la historia de los hablantes; en esta ocasión, decía, “el espíritu entra en juego con creciente frecuencia” (1928: 30). La controversia se libraba entre historia y geografía: esto es, “la investigación en el tiempo, hacia arriba, en dirección vertical, frente a la investigación en el espacio, por los pueblos, en dirección horizontal” (1928: 31). Finalmente, explicaba Alonso, a principios del siglo XX, emergió “un grupo de lingüistas que a sí mismos se llaman idealistas” y cuya característica era considerar cada fenómeno como un “acto” y no como un “hecho” (1928: 32). Sostenía que mientras los “sedicentes” idealistas se desentendían de la colectividad y se encerraban en la psicología individual, los positivistas llevaban a cabo la misma tarea pero de manera invertida, esto es, limitando su investigación a la psicología colectiva sin interesarse por el acto personal del individuo (1928: 32). Desde su perspectiva, entonces, positivismismo e idealismo no eran más que protagonistas de una contienda en la que podían relevarse dos énfasis: uno que apuntaba a la masa, otro que apuntaba al individuo; y

<sup>14</sup> La conferencia luego fue publicada en forma de artículo: “Lingüística e historia” (1928).

subrayaba: “no son principios antagónicos, sino preciosos complementos” (1928: 33). Por último, Alonso incluía en el breve recorrido histórico trazado a un teórico del lenguaje cuya labor advertía absolutamente emparentada con su propuesta: “uno de los lingüistas más espirituales, el suizo Ferdinand de Saussure”:

[Saussure] estableció una fecunda diferenciación entre estos dos elementos del lenguaje: El colectivo, como suma de convenciones, como instrumento virtual que un solo individuo nunca llega a poseer por entero, sino que existe en los cerebros de todos los individuos del grupo, y a la disposición de cualquiera de ellos. Y el individual, que es la realización personal de esa virtualidad. Al primero, Saussure lo llama lengua, al segundo habla (1928: 32-33).<sup>15</sup>

Aunque reivindicaba los estudios atentos al “lado individual” del lenguaje, en la misma línea de desarrollo ubicaba y capitalizaba el aporte (supuestamente espiritualista) de Saussure, que le permitía destacar la necesidad de complementar los enfoques: “[...] el error está en no ver que es un lado del lenguaje, interesantísimo, pero uno de los lados; y en no ver que no es lícito excluir del estudio del lenguaje la otra cara, la colectiva, en nombre del interés que tiene la individual” (1928: 33).

Por ende, Alonso mostraba el trabajo de Saussure como superador respecto del idealismo de Karl Vossler, a quien acusaba de ir en la misma dirección del positivismo al que quería “destruir” (1928: 33). Concluía que al momento de estudiar el lenguaje era requerido superar la vetusta dicotomía entre geografía e historia: una dicotomía que no comprendía “camino divergentes entre los que hay que optar, sino doble carril necesario para la buena marcha de la ciencia” (1928: 33).

Hacia 1940, ya consolidado en su cargo de director del Instituto y formando parte del engranaje de la escena intelectual porteña, Alonso pronunció la referida conferencia sobre “La lingüística del siglo XIX” (1940a),<sup>16</sup> en la que revisaba el pasado de la disciplina para reconstruir los orígenes de la concepción espiritualista del lenguaje. Su recorrido analizaba la tensión que la visión de la lingüística como ciencia de la materia iba paulatinamente estableciendo con la visión de la lingüística como ciencia del espíritu. Alonso entendía que los estudios sobre el lenguaje anteriores al advenimiento de la noción de ciencia a la disciplina estuvieron guiados por dos tipos de finalidades: por un lado, una “finalidad práctica”, que consistía en contribuir a la buena interpretación de los textos clásicos; y por otro, una “finalidad filosófica”, que consistía en indagar acerca de los orígenes del lenguaje (1940a: 1). Señalaba a tres figuras o “cabezas eminentes” que se inclinaron hacia el estudio de esta finalidad filosófica: Jean-Jacques Rousseau, Giambattista Vico y Johann Herder (1940a: 1). Las ideas de estos hombres, subrayaba Alonso, poco más de un siglo después fueron aprovechadas por un “famoso filósofo alemán”; refería, indirectamente, a Vossler (1940a: 1).

Luego, tomaba en consideración “un acontecimiento” que, según indicaba, recién una centuria más tarde fue valorado como correspondía: la aparición del pensamiento de Wilhelm von Humboldt (1940a: 22). Desde la perspectiva de Alonso, este fue “el hombre que más fecundas ideas ha podido sembrar sobre la naturaleza, la esencia

<sup>15</sup> La valoración positiva con la que Alonso caracterizaba la figura de Saussure durante el momento en que hacía su primera recepción de la obra resultaba curiosa en virtud de ciertas valoraciones negativas que, según señalaré a continuación, presentó en años subsiguientes (1943a y 1945b).

<sup>16</sup> Una transcripción mecanografiada de esta conferencia forma parte de los archivos conservados en microfilm en la Universidad de Harvard; una reproducción digital se encuentra en el Centro de Documentación de la Residencia de Estudiantes de Madrid. Alonso impartió este discurso en el Colegio Libre de Estudios Superiores de Buenos Aires, un ámbito académico, paralelo al universitario, en el que participaban figuras de diferentes áreas de las humanidades y en el que también dictaron conferencias otros investigadores del Instituto, como Pedro Henríquez Ureña, María Rosa Lida y Raimundo Lida (Bombini, 1995-1996). La presentación de Alonso en este tipo de ámbitos junto a otras figuras de la escena intelectual porteña resulta central para comprender su injerencia en la dimensión social, de la que me ocuparé más adelante.

y la evolución del lenguaje”; sin embargo, explicaba, la historia de la disciplina lo mostraba como un pensador que permaneció incomprendido hasta principios del siglo XX, momento en el que apareció “un discípulo entusiasta” que dedicó su vida a estudiarlo: nuevamente refería de manera indirecta a Vossler. A continuación, Alonso exponía en qué consistía la concepción del lenguaje como *energía* o actividad, y aquello que, a su criterio, constituía la contribución principal de Humboldt:

Una lengua es una filosofía del mundo; es una manera de partir y de valorar lo real del mundo. Porque cada partición, cada individuo que nosotros sacamos es un individuo hecho –diríamos– a golpe de valoraciones, de estimaciones nuestras (1940a: 23).

Alonso ya no mencionaba a Saussure como figura providencial con la que se consolida la tradición idealista a principios del siglo XX. Había modificado su interpretación de la historia; ya no pensaba del modo en que lo hizo durante sus primeros años en el Instituto. Por ejemplo, al presentar su propia traducción de *Filosofía del Lenguaje* (1923) de Vossler, lo utilizaba para marcar el contraste: “[...] si Saussure se limita por principio al sistema constituido, Vossler aplica su estudio a la constitución del sistema (1943a: 16). De la misma manera, dos años después, al prologar su propia traducción del *Curso de lingüística general* (1916), presentaba la obra como “el mejor cuerpo organizado de doctrinas lingüísticas que ha producido el positivismo; el más profundo y a la vez el más clarificador”, razón por la cual la doctrina de Saussure trascendía el mero “resumen y coronación de una escuela científica superada”, ya que gracias a ella ese enfoque vetusto, desgastado, desespiritualizado (e, incluso, heredero de la tradición decimonónica) resultaba “incorporado perdurablemente al progreso de la ciencia” (1945b: 7).

Esta fue finalmente la lectura de Saussure que Alonso consolidó e impulsó en el mundo hispánico con su puesta en circulación de la versión española del *Curso*, sobre la que más adelante volveré. No obstante, en esta sección busqué enfatizar la profunda preocupación de orden histórico y/o epistemológico que se subsumía en cada uno de los movimientos argumentativos con los que Alonso delineaba su propuesta teórica.<sup>17</sup>

### 3. 2. Alonso director. La dimensión institucional

Alonso fue, según señalamos, director del Instituto de Filología entre 1927 y 1946, pero la asunción de su cargo le valió, ya fuera por imposición o por propia voluntad, el rol de gestor en múltiples actividades vinculadas al centro de estudios porteño: la confección de los programas de materias y cursos dictados, la elaboración y/o publicación de los materiales bibliográficos para esos u otros cursos (tanto a nivel medio como universitario), la dirección de proyectos editoriales (revistas, colecciones), etcétera. Por esta razón (y a los fines expositivos), creo que, al igual que en el caso anterior, esta faceta puede desdoblarse en dos atributos: docente y traductor.

#### 3. 2. 1. Docente

En 1920, en la Facultad de Filosofía y Letras entró en vigor un nuevo plan de estudios que introdujo algunos cambios respecto del régimen anterior. Hasta entonces, los estudios en la Facultad estaban organizados en tres secciones: Filosofía, Letras e Historia; esta reforma resolvió, entre otras modificaciones, incorporar un curso más de letras clásicas en todas ellas y crear una nueva asignatura para la sección de Letras: “Lingüística romance” (Buchbinder, 1997: 113). A pesar de lo establecido en la normativa, la nueva materia no se dictó durante 1921 ni 1922. Una vez creado

<sup>17</sup> Para un análisis de la remisión a la historia como movimiento argumentativo en la producción de Alonso puede consultarse Battista (2011).

el Instituto, Rojas sugirió que quien resultara designado director tuviera a su cargo también el dictado de la materia.<sup>18</sup> Durante su gestión del centro de estudios porteño, entonces, Alonso fue docente de “Lingüística romance”.

Su primer programa –un breve texto manuscrito, sin división en unidades ni bibliografía–, de 1928, reproducía, en líneas generales, la estructura de los programas de sus predecesores –principalmente, el de Juan Chiabra, de 1926–, que ajustaban su organización según el *Manual de gramática histórica española* (1904) de Menéndez Pidal (AFyL B-3-3).<sup>19</sup> El programa de 1929<sup>20</sup> –mecanografiado– no desarrollaba en profundidad los puntos por abordar, pero ofrecía distinciones que pueden interpretarse como el punto de partida de la tarea de modernización con la que Alonso encaraba el dictado de la materia; puntualmente, resultaba innovador en cuanto a dos cuestiones. Por un lado, preservaba la unidad inicial destinada a las nociones fundamentales de lingüística, pero en ella agregaba la distinción entre las perspectivas sincrónica y diacrónica en el estudio del lenguaje: dos categorías que exhibían una temprana incorporación al ámbito argentino de la teoría saussureana. Por otro, por primera vez el recorrido propuesto dedicaba la última unidad al estudio de las variedades del español. El espacio destinado a la reflexión dialectológica iba ampliándose progresivamente; de hecho, frente a la utilización no intuitiva y evaluativa de la gestión de Castro, Alonso inauguraba, en el ámbito de la enseñanza, con una visión similar a la impulsada por Montoliu en 1925, un uso técnico y no valorativo del término “dialecto”, entendiéndolo como una variedad en su derecho y no como mero desvío de una norma (culto) de referencia. La variación, desde esta óptica, no era concebida como un signo del deterioro social, sino como la expresión de distintos significados (no referenciales) asociados a la manifestación de diferentes subjetividades.

En 1932, el programa conservaba la orientación de los últimos años, pero exhibía una extensión mucho mayor –doce unidades en lugar de nueve– y una notable precisión en cuanto al relevamiento bibliográfico, que aparecía detallado por unidades. Los contenidos desplegados en la primera unidad ya daban cuenta del proceso de modernización de la disciplina y de la constante preocupación por incorporar las teorías lingüísticas contemporáneas (AFyL B-3-5):

I. Nociones de lingüística general. Estructura del signo lingüístico; b) Teoría de los valores de F. de Saussure; c) Lo afectivo; d) Funcionamiento del lenguaje; e) La fonética y la articulación. Tono, timbre, cantidad e intensidad del sonido. El acento y la sílaba. Sistema vocálico y sistema consonántico.

En términos de los conceptos y de la bibliografía señalada para desarrollarlos, este programa permite entrever el desplazamiento hacia la perspectiva idealista.<sup>21</sup> La última unidad, que era la que solía destinarse a las nociones de dialectología, aparecía notablemente ampliada (AFyL B-3-5):

<sup>18</sup> A pesar de lo establecido en la ordenanza fundacional y en el contrato que firmó con la Facultad al asumir la dirección del Instituto, Castro no dictó el curso en 1923. Fue Millares Carlo quien impartió por primera vez las clases de “Lingüística romance”. Para un análisis de la historia del dictado de esta materia entre 1924 y 1946 puede consultarse Battista (2012).

<sup>19</sup> Vale la pena destacar que este programa, en lugar de presentarse bajo la denominación original de la materia, utilizaba el nombre de “Filología romance”. Esto mostraba, una vez más, la tensión terminológica que recorrió la historia del Instituto durante sus primeras dos décadas.

<sup>20</sup> Este programa ofrecía ocho unidades: abría con una introducción destinada a presentar “nociones fundamentales de lingüística sincrónica y diacrónica” y dedicaba la segunda unidad al latín vulgar y las lenguas romances; a partir de la tercera se centraba en la historia del español peninsular, en el vocalismo y el consonantismo, para luego pasar a los procesos morfológicos y a la descripción de algunos caracteres sintácticos; las unidades sexta y séptima versaban sobre el léxico y las leyes generales de la semántica; el curso se cerraba con la caracterización de los “dialectos hispánicos” (AFyL B-3-3).

<sup>21</sup> Agregaba, por ejemplo, la referencia a *Filosofía del lenguaje* (1923) de Vossler; la incorporación de estos materiales revelaba la preocupación de Alonso por traducir estas obras al español, punto sobre el que avanzaré en el siguiente apartado dentro de esta sección.

XII) Partición dialectal en España y América. a) La España dialectal en el siglo X, en el siglo XVI y en el siglo XX. b) Zonas dialectales americanas. c) El judeo-español. d) Historia externa del español. El castellano y la castellanización. Épocas principales. e) El año 1492. f) Elementos extranjeros en el vocabulario: procedencias y épocas. g) Las últimas transformaciones en la fonética. Explicación de la actual estabilidad relativa.

Si bien el enfoque dialectológico aparecía planteado desde una perspectiva diacrónica y solo revisaba los cambios lingüísticos a partir de la conquista, este programa constituyó la primera iniciativa seria de transferir al sector educativo el estudio de las variedades no peninsulares. Lo americano ya no era visto como periférico y degradado y la dialectización ya no era entendida como limitación de las posibilidades expresivas de un pueblo, sino como una manifestación de su singular actividad espiritual.<sup>22</sup>

En 1937, se desdoblaron los cargos de director del Instituto de Filología y de profesor de la asignatura “Lingüística romance”, probablemente con el objeto de que Alonso percibiera los mismos beneficios que los de cualquier docente. El cargo fue entonces concursado y Alonso –los otros aspirantes fueron Raimundo Lida y Pedro Henríquez Ureña– se convirtió en profesor regular de la materia (Toscano y García, 2011: 184). Ese año el programa continuó ofreciendo un curso de historia del español peninsular con el tradicional complemento de las últimas dos unidades dedicadas a las nociones de dialectología (FFyL, 1937).<sup>23</sup>

En 1938, por primera vez en los quince años de historia del curso, el programa –en el que la denominación “dialectología hispanoamericana” aparecía al comienzo y, por consiguiente, el español peninsular dejaba de ser el punto de referencia– tuvo específicamente como uno de sus temas “El castellano en América”.<sup>24</sup> Lo novedoso de la iniciativa se advertía en el hecho de que Alonso solicitó a las autoridades de la Facultad la difusión periodística de esta información; era la primera vez que se dictaba en una universidad, europea o americana, un curso ordinario sobre este tópico (AFyL C-2-6, 6). La aparición de este programa modernizador (que alternó con el histórico en años subsiguientes, hasta 1946) operaba una nueva delimitación del ámbito de la filología hispánica y ampliaba los horizontes de la lingüística romance, pues la obligaba a redimensionar su objeto de estudio y a reconsiderar la caracterización de la variación lingüística: las variedades americanas se convertían en un objeto de estudio legítimo, con el mismo estatuto que la lengua peninsular y sus manifestaciones literarias. Esta era la manera en la que Alonso, a mi criterio, completaba su distanciamiento de la perspectiva de Menéndez Pidal, que había guiado las tareas de los primeros directores en el Instituto: Castro y Millares Carlo.

Paralelamente, en el nivel de enseñanza universitaria,<sup>25</sup> pero en este caso de posgrado, Alonso también procuró hacer su aporte a la docencia, pues hacia fines de la década de 1930 llegó a formular un “Proyecto de creación de un Doctorado en Estudios Hispánicos para Estudiantes Extranjeros” (1939b). En el preámbulo de su propuesta, como director del Instituto de Filología, reconocía que la iniciativa buscaba que la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires adquiriera

22 Toscano y García (2011: 224) refirió a este proceso bajo la noción de “giro dialectológico”: un movimiento programático que legitimaba una nueva valoración de las variedades americanas y, en particular, de las argentinas.

23 A partir de 1937 todos los programas de la Facultad comenzaron a ser impresos en libro.

24 La aparición de este programa plasmaba el proyecto de transferencia educativa con el que fue originalmente creado el Instituto de Filología en 1922: “el estudio del castellano vivo de la Argentina, influido por las lenguas indígenas y por las lenguas inmigratorias” (RUBA, 1922: 703).

25 Opté por centrarme en los aportes docentes de Alonso a nivel universitario; en el nivel de enseñanza media encontramos, sin embargo, el material que le fue encomendado por el Ministerio de Instrucción Pública y que escribí en colaboración con Pedro Henríquez Ureña: la *Gramática castellana* (1938). Este trabajo ha sido objeto de numerosos análisis; uno de los más interesantes es, a mi entender, Arnoux (2001).

“importancia internacional” (1939b: 1). Luego, especificaba con precisión cuáles serían los requerimientos de cursada en virtud del título previo portado por cada aspirante. Para su elaboración, explicaba Alonso, había pensado en los estudiantes y profesores procedentes de las universidades norteamericanas, cuyos títulos eran *Bachelor of Arts* o *Bachelor of Social Science*, *Master of Arts* y *Doctor of Philosophy*. A continuación, aclaraba que el primero correspondía a “la parte más cuantiosa de estos estudios” y era, pues, de nivel universitario (y no previo, como en nuestro país); el segundo equivalía a “nuestro Profesorado o Licenciatura”, al igual que en España y Francia, y que servía para la enseñanza en establecimientos medios y universitarios; y, finalmente, el título máximo, que era “cada vez más estrictamente exigido, si no para empezar a enseñar en una universidad, sí para seguir en ella y ascender” (1939b: 2). A partir de allí, el proyecto de Alonso indicaba que la Facultad asignaría “distinto número de cursos según el distinto grado de adelanto” que poseía el aspirante (1939b: 3). Las materias iban a ser elegidas por el doctorando de una lista formada: a) por las del plan oficial de estudios de la Facultad referidas a la historia cultural de Hispanoamérica y de España;<sup>26</sup> b) por los cursillos intensivos especiales semestrales organizados con este objeto (1939b: 4).<sup>27</sup>

El aspirante iba a doctorarse con una tesis presentada por escrito y defendida oralmente, “en las mismas condiciones requeridas para las tesis de nuestro plan oficial”; en caso de ser aprobada, el doctor debería dejar en la Biblioteca de la Facultad dos ejemplares impresos de su trabajo –o “si no los imprime en copia dactilográfica, con el texto tan cuidado para una posible impresión”– (1939b: 4). Considero que la mera formulación de este proyecto de Alonso, que no logró ser finalmente llevado a la práctica, sirve de corolario al propósito de la presente sección, pues pone de manifiesto el estrecho vínculo entre su vocación de formación profesional y su rol institucional.

### 3. 2. 2. Traductor

Dentro de la dimensión institucional, Alonso dirigió múltiples proyectos editoriales. Uno de ellos fue fruto de una imposición procedente del programa de investigación originalmente pautado por las autoridades de la Facultad para el Instituto: por ejemplo, el estudio de las lenguas de los pueblos originarios de América. El prólogo con el que Alonso presentó el primer tomo de la Colección de Estudios Indigenistas (1931-1969)<sup>28</sup> buscaba dejar al descubierto el ánimo inicial con el que Rojas había impulsado la serie y, paralelamente, manifestar el desgano con el que los miembros del Instituto habían reorientado el trabajo: “Nosotros pensamos que sería sin duda mucho más fructífero que ponernos a estudiar el quichua, o el guaraní, enseñar lingüística a personas que ya conocieran dichas lenguas” (1931b: 9).

Otros proyectos, por el contrario, efectivamente atrajeron la atención de Alonso y fueron de la mano de sus propios intereses; tal es el caso de la Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana (1930-1949). Según expresaba en el “Propósito” del primer tomo, el objetivo de la colección monográfica era salvar el vacío de la filología romance, que había prescindido hasta entonces del continente americano, algo similar a “renunciar a más del ochenta por ciento de la geografía románica” (1930b: 5). Esta serie, además, no se reducía a la ampliación de la difusión de los estudios dialectales ya existentes,

<sup>26</sup> Las materias del plan oficial eran: Introducción a las letras, Literatura castellana, Literatura ibero-americana, Literatura argentina, Lingüística romance, Historia de América, Historia argentina, Fuentes de la historia americana y argentina, Geografía física, Geografía humana, Fuentes escritas y técnicas de investigación de la arqueología argentina, Fuentes escritas y técnicas de investigación de la antropo-geografía argentina (1939b: 4).

<sup>27</sup> Los cursos intensivos semestrales versarían sobre “literatura, lengua, arte, arqueología, sociología, historia de las ideas, etcétera, de España y de Hispanoamérica” (1939b: 4).

<sup>28</sup> La colección no tuvo continuidad durante el período en que Alonso dirigió el Instituto y solamente dio lugar a un segundo tomo en 1969.

sino que se proponía estimular este tipo de investigaciones del lado occidental del Océano Atlántico (1930b: 6).

En 1939, tras haber conseguido las autorizaciones requeridas y el aval de la Universidad de Columbia, se consumó finalmente un proyecto editorial que Alonso buscaba poner en marcha desde sus primeros años en la Facultad: la *Revista de Filología Hispánica* (1939-1946), publicación científica (periódica) cuyo objeto inicial era replicar en América la *Revista de Filología Española* (1914-1936).

Sin embargo, en esta sección me interesa detenerme en dos proyectos editoriales en los que Alonso tuvo un rol protagónico no solo como director, sino también por su condición de traductor; se trata de dos colecciones que fueron fruto de sus ambiciosas iniciativas, con alcances tanto en investigación como en educación (a nivel medio y universitario). Uno de estos proyectos estuvo vinculado a la traducción y publicación de estudios estilísticos; el otro a la traducción y publicación de libros fundamentales de lingüística general. El primero dio lugar a la Colección de Estudios Estilísticos (1932-1951); el segundo, a la Colección de Filosofía y Teoría del Lenguaje (1941-1955). Ambas series conllevaron la puesta en circulación en el mundo hispánico de textos que, sin estar disponibles en lengua española, correspondían a las corrientes lingüísticas más sobresalientes del momento. Estos materiales, además, constituían un insumo vital para el dictado de la asignatura “Lingüística romance”, tanto en los cursos de dialectología como en los de lingüística general. Esto evidenciaba, una vez más, el estrecho vínculo institucional entre su rol de docente y su rol de traductor.

Según Lefevere (1992), existen dos tipos de traductores: uno *fiel*, ideológicamente conservador, que trabaja sobre el nivel de la palabra y que se muestra reverente respecto del texto original; y otro *atrevido*, ideológicamente subversivo, que trabaja sobre el nivel de la cultura y que impulsa una interpretación (particular) del texto original. Para este último, traducir encierra una actividad más semiótica que lingüística (Basnett, 1980) en la que el lenguaje interviene simplemente como un recurso que permite acceder a una cultura determinada. Desde este punto de vista –conocido como *Teoría de la Manipulación* (Vidal Claramonte, 1995)–, el traductor es alguien que busca moldear la imagen de una obra (y de su autor) e intenta incidir sobre el modo de recepción de esta en la cultura de destino, que pertenece a una época y cultura diferentes de la original, en la que efectivamente ese texto fue producido. Una traducción es considerada, en este sentido, una actividad de reescritura, en tanto implica, en mayor o menor grado, algún tipo de manipulación del texto fuente a la luz de un propósito específico. La tarea de traducir obras es, entonces, un modo de intervenir sobre la conformación de un canon –esto es, una manera de importar formas nuevas ajenas a las tendencias en ese momento dominantes–, por lo que el aspecto formal del texto como fragmento aislado de lenguaje pasa a segundo plano y se pone el foco sobre el contexto socio-cultural.

Resulta interesante interpretar, pues, las iniciativas subsumidas en estos proyectos editoriales. ¿A base de qué criterios Alonso seleccionó el material textual a ser traducido y publicado en español? ¿Con qué objeto quiso poner en circulación la traducción española de dichas obras en el escenario intelectual argentino, en particular, y en el ámbito hispánico, en general? ¿Cuál fue la posición de Alonso al llevar a cabo la tarea, hecho que le valió su condición de absoluta “visibilidad” (Lefevere, 1992) como traductor de las obras?

No apunto con mis observaciones a la operación de traslación del material estrictamente discursivo, que fue bastante fiel respecto de los textos originales, sino que me remito a otras instancias del proceso de traducción (prólogos, prefacios y/o advertencias) en las que Alonso practicó la manipulación y en virtud de las que organizó la

lectura de ciertas obras: esto es, ¿qué se traduce, para quién se traduce, desde qué rol institucional se lo hace, etc.? Las traducciones de Alonso estuvieron definitivamente al servicio de su interpretación del devenir de la disciplina; ellas impulsaron en los receptores una lectura determinada de obra, perspectiva e investidura intelectual de los autores involucrados. A raíz de tales juicios, algunos trabajos se vieron beneficiados con una valoración positiva, mientras que otros, por el contrario, resultaron perjudicados. Las sucesivas traducciones de Alonso, entonces, formaron parte de un proceso de apropiación (heterodoxa) de los modelos teóricos vigentes en la ciencia filológica del período. Su tarea buscaba nutrir con los aportes de perspectivas novedosas el campo científico de la filología hispánica.

El primer volumen de la Colección de Estudios Estilísticos fue *Introducción a la estilística romance*. En el “Propósito”, Alonso explicitaba su intención de emprender “el estudio sistemático del aspecto subjetivo” del lenguaje (1932b: 8). Presentaba la estilística no solo como una “investigación de lo afectivo en la lengua corriente”, sino también como una nueva manera de concebir el lenguaje en general, e incluso como una forma de “crítica literaria”, que había adquirido “responsabilidad científica” (1932b: 11).

En cuanto a la Colección de Filosofía y Teoría del lenguaje,<sup>29</sup> es a partir de una carta enviada por Alonso a Bally en junio de 1939 que puede reconstruirse el plan original referido a la traducción de “ocho o diez libros fundamentales de lingüística” (1939c: 38r).<sup>30</sup> Uno de esos libros era el *Curso* de Saussure, a quien Alonso presentaba como “el teórico del lenguaje más y mejor conocido en la Argentina por la insistencia de mis cursos” y a quien “ahora ya lo exponen también otros profesores” (1939c: 38r). La traducción de algunas de estas obras –a las que ya referí cuando presenté su condición de historiador y/o epistemólogo– salieron a la luz en 1941 (Bally), en 1943 y 1955<sup>31</sup> (Vossler) y en 1945 (Saussure),<sup>32</sup> las otras quedaron en el tintero.

De esta manera, Alonso capitalizó su autoridad académica en la materia y el poder (socio-cultural) que tal situación le confería. Aquel joven español que llegó a la Argentina en 1927, en el transcurso de sus casi veinte años de gestión como director del Instituto de Filología, fue convirtiéndose en el *mecenas* (Lefevere, 1992), es decir, fue adquiriendo la capacidad de ejercer el “mecenazgo”, pues desarrolló paulatinamente las atribuciones necesarias para controlar la dirección de la ciencia del lenguaje en el ámbito hispánico. No solo se convirtió en la “persona” –el erudito, experto o especialista en el tema–, sino que también pasó a representar la “institución” –el director de un centro de estudios que gozaba del prestigio de la autoridad científica–, los dos elementos (del “componente ideológico”) requeridos para la eficacia de la tarea del traductor. Tal posición otorgaba a Alonso la capacidad de promover la lectura de determinadas obras, y de desalentar la de otras.

29 La colección surgió en un momento en el que la crisis del libro español (resultado de la guerra civil) convirtió a Buenos Aires en el principal centro editor de habla hispánica (Sesnich, 2019). Fue clave, además, la fundación de un sello editorial en Buenos Aires por parte de Gonzalo Losada tras su exilio de España; según Lida (2014: 137), bajo una política de publicación de colecciones diferenciadas que el lector podía identificar fácilmente, esta firma concilió la calidad editorial con las tiradas voluminosas.

30 El listado de obras proyectado por Alonso era: *Curso de lingüística general* (1916) de Ferdinand de Saussure, *El lenguaje y la vida* (1913) de Charles Bally, *Filosofía del lenguaje* (1923) y *Lengua y cultura de Francia* (1929) de Karl Vossler, *Filosofía de la gramática* (1924) de Otto Jespersen, *El lenguaje* (1933) de Leonard Bloomfield, *Lingüística histórica y lingüística general* (1921) de Antoine Meillet, *El lenguaje* (1921) de Edward Sapir, *Filosofía y lenguaje* (1937) de Richard Högnigswald, y *Breviario* (1928) de Hugo Schuchardt. Para un análisis de las cartas enviadas por Alonso a Bally en 1930, conservadas en la Biblioteca de Ginebra (Suiza), puede consultarse Battista & Sofia (2017).

31 Ya fallecido Alonso, en 1955 se publicó el cuarto y último tomo: *Lengua y Cultura de Francia* (1929), de Vossler, el único libro que no fue traducido específicamente por el ideólogo de la colección, pero que pertenecía al grupo de trabajos seleccionados en el plan original. Esta traducción estuvo a cargo de Raimundo Lida y Elsa Tabernig, quienes fueron colaboradores en las tareas del Instituto desde la década de 1930 e hicieron sus aportes en las traducciones de la Colección de Estudios Estilísticos, como indicó Alonso en la “Advertencia” (1935b) del primer anejo: *La vida espiritual en Sudamérica* (1935), de Vossler.

32 Para un análisis de la recepción de Saussure en el Instituto puede consultarse Battista (2017).

### 3.3. Alonso figura pública. La dimensión social

Vuelvo una vez más a 1927. Ya lo he señalado varias veces: no se trataba más que de un joven filólogo español, pero el arribo de Alonso a la Argentina fue anunciado pomposamente en diferentes ámbitos. Por ejemplo, a nivel académico, no solamente se celebró su llegada desde los escalafones superiores de la Facultad, sino también desde el sector estudiantil. En *Verbum*, la revista del Centro de Estudiantes –entonces presidido por Ángel Battistessa, quien llegaría a ser uno de sus discípulos–, se lo presentaba incluyendo un retrato que ocupaba toda una página y se indicaba que “a esa edad en que otros, incluso los mejor dotados, no acusan todavía su perfil esencial, él ya posee un nombre muy hecho y muy significativo entre los cultores de la ciencia del lenguaje” (1927: 228).

En el diario *La Prensa* de Nueva York, en agosto de 1927 se anunciaba su partida para la Argentina con una nota titulada: “Otro misionero de la espiritualidad española marcha para Buenos Aires”. Repito: *misionero*. Ese era el término con el que los reporteros solían referirse a los filólogos españoles que, por designación de Menéndez Pidal, viajaban a América. Hasta el mismo Rojas utilizó la expresión cuando, en el discurso inaugural del Instituto de Filología, presentó a Américo Castro: “[...] viene hacia nosotros como un generoso misionero de la nueva doctrina” (1923: 9).

Y sumo un dato más respecto de los rimbombantes anuncios que, a través de la prensa, se apoderaban de la escena local. A los días de su llegada al país, en septiembre de 1927, el diario *Crítica* de la capital porteña ofrecía una nota en la que también incluía un retrato de Alonso y decía: “En Buenos Aires se habla bien el español. El diario, el libro y el puerto son enemigos del lunfardo”. Esta declaración debía interpretarse en relación con la encuesta que el diario había realizado en junio del mismo año sobre una contienda que en aquella época ya era centenaria, dado que se remontaba a los tiempos de la Independencia: el debate acerca de la lengua nacional, o bien, acerca de la lengua hablada en la Argentina. La encuesta, entonces, buscaba tematizar el debate, que todavía contaba con los ecos de iniciativas controversiales como la de Luciano Abeille (1900), quien sugirió que de la lengua hablada en nuestro país estaba formándose un idioma propio, por derivación, al igual que había ocurrido con el latín y las lenguas romances.<sup>33</sup> Alonso, como nuevo director del Instituto, portaba la palabra de la autoridad científica, con la que estaba en condiciones de clausurar (al menos académicamente) la discusión.<sup>34</sup>

Con el transcurso de su gestión, Alonso supo reforzar el lugar de figura pública y aprovecharlo para amplificar el alcance de su labor. Creo que un trabajo que, analíticamente, puede operar como síntesis del fenómeno de transferencia del conocimiento disciplinar al plano social es *La Argentina y la nivelación del idioma* (1943b), donde decía: “[...] la Argentina va a intervenir desde ahora en los destinos generales de la lengua de veinte naciones, en una proporción nueva y desde un punto de comando que hasta hoy no ha tenido” (1943b: 1). Dada la nueva situación del mercado editorial, Alonso veía que el español de la Argentina, lejos de ser considerado una variedad lingüística negativa, que había que desalentar, se había convertido en una variedad que actuaba como punto de referencia para el mundo hispanohablante. El concepto que, a mi criterio, pasó a ser clave en la propuesta de Alonso fue el de lengua general: “el sistema de elementos idiomáticos heredados en común y conservados concordemente por todos los países hispánicos”; esto es, “un sistema lingüístico coherente en sí y

<sup>33</sup> Es prueba de la relevancia de los ecos de esta iniciativa en la década de 1920 que Castro, al asumir su cargo en el Instituto, siguiendo la línea de pensamiento de Menéndez Pidal (1918), refiriera al trabajo de Abeille como “una tendencia felizmente anulada por vuestros lingüistas y publicistas” (1923: 15).

<sup>34</sup> Para un análisis de la encuesta del diario *Crítica* se sugiere consultar Toscano y García (2019) y Ennis & Toscano y García (2020).

general a veinte naciones, aunque cada nación, y también cada región dentro de las diferentes naciones, tenga otros elementos privativos (1943b: 36).

Con esta intervención, Alonso operaba un cambio de paradigma. Abandonaba definitivamente la dicotomía clásica, decimonónica, monocéntrica, que había heredado de la escuela de Menéndez Pidal, que versaba sobre la oposición entre lengua culta y lengua vulgar, y la reemplazaba por una dicotomía innovadora, pluricéntrica y de corte dialectológico: la oposición entre lengua general y lengua(s) regional(es). Este aporte de Alonso buscaba ampliar el alcance de las manifestaciones culturales: no solamente el libro, sino también la radio y el cine. La noción de lengua general actuaba como un recurso que permitía alejar los horizontes de esas manifestaciones culturales, y así internacionalizarlas.

Un par de años antes, un fragmento de lo que luego resultó ser *La Argentina y la nivelación del idioma* fue traducido al inglés y publicado en forma de separata por iniciativa del Instituto Cultural Argentino-Norteamericano: *Argentina: A New Proving Ground for the Spanish Language* (1941). En la portada se veía a José de San Martín y a George Washington; Alonso aparecía en la contratapa. Considero que la evocación de esa tríada de rostros plasmada en un documento histórico es la mejor manera de ilustrar el alcance del rol desempeñado por este intelectual en la dimensión social.

#### 4. Conclusión

En 1952, Eugenio Coseriu ofreció una conferencia durante una sesión extraordinaria del Centro de Lingüística de Montevideo (Uruguay), convocada para conmemorar la figura de Alonso, entonces recientemente fallecido; recurriendo a metáforas (de tenor similar a otras que han aparecido a lo largo de este texto), dijo:

No hay duda, pues, que aun si se hubiese quedado en España, Amado Alonso habría llegado a ser un gran profesor y un estudioso insigne. Pero, trasladado en 1927 a América [...] fue mucho más que eso: fue realmente el conquistador y organizador de nuevas e inmensas tierras para el dominio de la glotología hispánica y de la ciencia lingüística en general y, a pesar de su juventud (o, mejor quizás, justamente gracias a ella), supo ser lo que, con una expresión que ya se ha vuelto trivial, se dice “the right man in the right place” (1952: 34).

A los 55 años de edad, “la más impiadosa de las enfermedades” obligó a Alonso a una muerte temprana (Alonso, 1952: 1). A pesar de la partida prematura, su paso por la Universidad de Buenos Aires, primero, y por la Universidad de Harvard, después, alcanzaron para que la actividad intelectual de este filólogo tuviera un papel central en el decurso histórico, epistemológico, institucional y social de la disciplina. La labor de Alonso imprimió una dirección al progreso de la ciencia del lenguaje, tanto en el ámbito argentino, como en el hispanoamericano y, eventualmente, en el románico.

El recorrido histórico trazado por esta presentación estuvo destinado a la conceptualización de los atributos de Alonso: en síntesis, un *adelantado* del Centro de Estudios Históricos de Madrid, (más que) un *merónimo* de Menéndez Pidal, un *misionero* de la espiritualidad española en la Universidad de Buenos Aires, un *mecenas* de la dirección de la ciencia del lenguaje en el ámbito de la filología hispánica, un *conquistador* de nuevas tierras para el dominio de la glotología. Alonso mostró su condición de filólogo –*analista, historiador y epistemólogo*– en la dimensión disciplinar, de director –*docente y traductor*– en la dimensión institucional y de *figura pública* en la dimensión social.

Considero que la caracterización de estos atributos es una manera de analizar sus aportes, de interpretar el alcance de su labor y, por añadidura, de representar (históricamente) un período fundamental del desarrollo y de la circulación de las ideas lingüísticas en el mundo hispánico.

## Bibliografía citada

### Textos fuente

- » Archivo de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (=AFyL) (1924-1936). Programas de la asignatura “Lingüística romance”.
- » Alberini, C. (1920). “Proyecto de ordenanza”. Archivo del Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas “Dr. Amado Alonso”.
- » Alonso, A. (1927a). “Lingüística espiritualista”. *Síntesis*, I, 8, 227-236.
- » Alonso, A. (1927b). “Reconciliación con la fonética”. *Boletín del Instituto de Filología*, I, 3-4, 227-235.
- » Alonso, A. (1928). “Lingüística e historia”. *Humanidades*, XVIII, 29-38.
- » Alonso, A. (1930a). “Sobre el estudio del léxico gauchesco”. *Azul. Revista de ciencias y letras*, I, 2, 41-44.
- » Alonso, A. (1930b). “Propósito”. En: Tiscornia, E., *Estudios sobre el español de Nuevo Méjico*. Buenos Aires: Instituto de Filología, 5-10.
- » Alonso, A. (1931a). “Estilística y gramática del artículo”. *Azul*, II, 1, 5-13.
- » Alonso, A. (1931b). “Prólogo”. En: Morínigo, M. *Hispanismos en el guaraní*. Buenos Aires: Instituto de Filología, 9-15.
- » Alonso, A. (1932a). “Karl Vossler”. *La Nación*, 13 de noviembre, 8.
- » Alonso, A. (1932b). “Propósito”. En: Vossler, K., Spitzer, L. & Hatzfeld, H. *Introducción a la estilística romance*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, 7-15.
- » Alonso, A. (1933a). “Estilística y gramática del artículo en español”. *Volkstum und Kultur der Romanen*, VI, 189-209.
- » Alonso, A. (1933b). “Intereses filológicos e intereses académicos en el estudio de la lengua”. *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, I, 7-14.
- » Alonso, A. (1935a). “Noción, emoción, acción y fantasía en los diminutivos”. *Volkstum und Kultur der Romanen*, VIII, 104-125.
- » Alonso, A. (1935b). “Advertencia”. En: Vossler, K., *La vida espiritual en Sudamérica*. Buenos Aires: Instituto de Filología, 5-7.
- » Alonso, A. (1936). “Castellano y español”. *La Nación*, 26 de julio, 1.
- » Alonso, A. (1939a). “Sobre métodos: construcciones con verbos de movimiento en español”. *Revista de Filología Hispánica*, I, 2, 105-138.
- » Alonso, A. (1939b). “Proyecto de creación de un Doctorado en Estudios Hispánicos para Estudiantes Extranjeros”. Archivo del Instituto de Filología.
- » Alonso, A. (1939c). “Carta a Charles Bally”. Correspondance avec Charles Bally (1930-1940). BGE, Ms. fr. 5001: f. 30-39.
- » Alonso, A. (1940a). “La lingüística del siglo XIX”. *Papers of Amado Alonso*. Harvard University Archives.

- » Alonso, A. (1940b). “De cómo se cumplirá el influjo argentino en la lengua general”. *La Nación*, 11 de agosto, 2.
- » Alonso, A. (1941). *Argentina: A New Proving Ground for the Spanish Language*. Buenos Aires: Instituto Cultural Argentino-Norteamericano.
- » Alonso, A. (1943a [1978]). “Prefacio”. En: Vossler, K. (1923), *Filosofía del lenguaje*. Buenos Aires: Losada, 7-20.
- » Alonso, A. (1943b). *La Argentina y la nivelación del idioma*. Buenos Aires: Instituto Cultural Español.
- » Alonso, A. (1944). “La identidad del fonema”. *Revista de Filología Hispánica*, 6, 280-283.
- » Alonso, A. (1945a). “Prólogo a la edición española”. En: Saussure, F. de (1916), *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Losada, 7-30.
- » Alonso, A. (1945b). “Una ley fonológica del español”. *Hispanic Review*, 13, 2, 91-101.
- » Alonso, A. (1951). “Introducción a los estudios gramaticales de Andrés Bello”. En: *Obras completas IV*. Caracas: Ministerio de Educación, IX-LXXXVI.
- » Alonso, A. & Henríquez Ureña, P. (1938). *Gramática castellana. Manual adaptado a los programas vigentes en la enseñanza secundaria*. Buenos Aires: Librería «El Ateneo».
- » Alonso, A. & Lida, R. (1945). “Geografía fonética”. *Revista de Filología Hispánica*, 7, 4, 313-345.
- » Battistessa, Á. (1927). “Amado Alonso: nuevo director del Instituto de Filología”. *Verbum*, XVIII, 227-228.
- » Castro, A. (1923). “Discurso de D. Américo Castro”. *Instituto de Filología*. Buenos Aires: Talleres Gráficos Araujo, 13-23.
- » *Crítica* (1927). “En Buenos Aires se habla bien el español. El diario, el libro y el puerto son enemigos del lunfardo, nos dice el filólogo español Amado Alonso”, 26 de septiembre, Buenos Aires.
- » Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (=FFyL) (1937-1944). *Programas de los cursos*. Buenos Aires: Imprenta y Casa Editora “Coni”.
- » Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (=FFyL) (1945-1946). *Programas de los cursos*. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad.
- » *La Prensa* (1927). “Otro misionero de la espiritualidad española marcha para Buenos Aires”, 24 de agosto, Nueva York.
- » Rojas, R. (1909 [2010]). *La restauración nacionalista. Informe sobre educación*. La Plata: Unipe.
- » Rojas, R. (1923). “Discurso del decano”. *Instituto de Filología*. Buenos Aires: Talleres Gráficos Araujo, 7-13.
- » Rossi, V. (1929). *Del trascendentismo. Idioma Nacional Rioplatense (Argentino-Uruguayo). Cuarta evidencia. Folletos Lenguaraces 9*, Córdoba: Casa Editora Imprenta Argentina.
- » *RUBA (Revista de la Universidad de Buenos Aires)* (1922). Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.

## Estudios críticos

- » Abeille, L. (1900 [2005]). *Idioma nacional de los argentinos*. Buenos Aires: Colihue / Biblioteca Nacional.
- » Alonso, D. (1952). “Amado Alonso ante la muerte”. *Ínsula*, 78, 1-2.
- » Arnoux, E. Narvaja de (2001). “Disciplinar desde la lengua. La Gramática castellana de Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña”. En: *Homenaje a Ofelia Kovacci*. Buenos Aires: Eudeba.
- » Bally, C. (1913 [1941]). *El lenguaje y la vida*. Buenos Aires: Losada.
- » Barrenechea, A. M. (1995-1996). “Amado Alonso en el Instituto de Filología de la Argentina”. *Cauce*, 18-19, 95-106.
- » Basnett, S. (1980 [2002]). *Translation Studies*. London and New York: Routledge.
- » Battista, E. (2011). “La mirada historiográfica de Amado Alonso”. *Diálogo de la Lengua* III, 58-71.
- » Battista, E. (2012). “Los programas de ‘Lingüística romance’ entre 1924 y 1946. El giro dialectológico”. *Boletín SEHL*, 8, 119-141.
- » Battista, E. (2016). “Amado Alonso y su interpretación idealista. La transferencia del modelo a análisis lingüísticos concretos”. *Thesaurus*, 58, 54-78.
- » Battista, E. (2017). “Saussure en el discurso del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires”. *Anuario de Letras*, V, 2, 5-34.
- » Battista, E. & Sofía, E. (2017). “Los proyectos editoriales de Amado Alonso como director del Instituto de Filología a partir de una serie de cartas (1930-1940) enviadas a Charles Bally”. *Res Diachronicae*, 15, 2-13.
- » Bloomfield, L. (1933 [1964]). *El lenguaje*. Lima: Universidad de San Marcos.
- » Bombini, G. (1995-1996). “Reforma curricular y polémica: Amado Alonso y los programas de nivel secundario en la Argentina”. *Cauce*, 18-19, 215-224.
- » Buchbinder, P. (1997). *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras*. Buenos Aires: Eudeba.
- » Chicote, G. B. (2020). “Intercambio epistolar entre Ricardo Rojas y Ramón Menéndez Pidal: fragmentos para la construcción de una hispanidad post-imperial”. *Anclajes*, 24, 1, 1-18.
- » Ciapuscio, G. (2006). “El inicio de una tradición discursiva en la Argentina: los primeros autores argentinos en los Cuadernos del Instituto de Filología ‘Dr. Amado Alonso’”. En: Ciapuscio, G.; Jungbluth, K.; Kaiser, D. & Lopes, C. (eds.), *Sincronía y diacronía de tradiciones discursivas en Latinoamérica*. Madrid: Iberoamericana Vervuert, 13-25.
- » Ciapuscio, G. (2016). “Filología y lingüística en los primeros tiempos del Instituto”. En: Funes, L. (coord.), *Hispanismos del mundo. Debates y diálogos en (y desde) el Sur*. Buenos Aires: Miño y Dávila, 259-272.
- » Coseriu, E. (1952 [1996]). “Amado Alonso (1896-1952)”. *Lexis*, XX, 1-2, 31-41.
- » Degiovanni, (2007). *Los textos de la patria. Nacionalismo, políticas culturales y canon en la Argentina*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- » Del Valle, J. (2017). “Ramón Menéndez Pidal: entre el archivo y el ágora”. *Anuario de Glotopolítica*, 4, 209-227.

- » Di Tullio, Á. (2007). “La lingüística en la Argentina. Una ojeada retrospectiva”. *Hispanic Issues Online*, 131-142.
- » Ennis, J. A. & Toscano y García, G. (2020). “La provocación del idioma. *Crítica* y la encuesta”. En: Ennis, J. A., Santomero, L. & Toscano y García, G. (eds.). *La lengua argentina. Una encuesta del diario Crítica (1927)*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral / Edición digital: Vera cartonera, 5-16.
- » Guitarte, G. (1952). “Amado Alonso”. *Filología*, IV, 3-7.
- » Guitarte, G. (1998). “La obra de Amado Alonso en América”. En: Martínez Marín, Juan (coord.). *Recordando a Amado Alonso y Salvador Fernández Ramírez*. Granada: Universidad de Granada, 11-24.
- » Hönigswald, R. (1937). *Philosophie und Sprache: Problemkritik und System*. Basilea: Haus zum Falken Verlag.
- » Jespersen, O. (1924 [1975]). *Filosofía de la gramática*. Barcelona: Anagrama.
- » Kovacci, O. (1967 [1977]). *Tendencias actuales de la gramática*. Buenos Aires: Marymar.
- » Kovacci, O. (1999 [2000-2001]). “La gramática en la Argentina en el último medio siglo”. *Archivum: Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, 50-51, 193-208.
- » Lefevere, A. (1992 [1997]). *Traducción, reescritura y la manipulación del canon literario*. Salamanca: Ediciones Colegio de España.
- » Lida, M. (2014). *Años dorados de la cultura argentina. Los hermanos María Rosa y Raimundo Lida y el Instituto de Filología antes del peronismo*. Buenos Aires: EUDEBA.
- » Lida, M. (2019). *Amado Alonso en la Argentina. Una historia global del Instituto de Filología (1927-1946)*. Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes.
- » Meillet, A. (1921). *Linguistique historique et linguistique générale*. París: Champion.
- » Menéndez Pidal, R. (1904 [1966]). *Manual de gramática histórica española*. Madrid: Espasa-Calpe.
- » Menéndez Pidal, R. (1918). “La lengua española”. *Hispania*, I, 1, 1-14
- » Menéndez Pidal, R. (1926 [1972]). *Orígenes del español: estado lingüístico de la península ibérica hasta el siglo XI*. Madrid: Espasa-Calpe.
- » Navarro, F. (2011). *Análisis Histórico del Discurso. La evaluación en las reseñas del Instituto de Filología de Buenos Aires (1939-1989)*. Universidad de Valladolid. Tesis doctoral.
- » Portolés, J. (1986). *Medio siglo de filología española (1896-1952). Positivismos e idealismos*. Madrid: Cátedra.
- » Portolés, J. (1996). “Amado Alonso lingüista, cien años todavía jóvenes”. *Ínsula: Amado Alonso. Español de dos mundos*, 599, 16-17.
- » Romanos, M. (2013). “El Instituto de Filología “Dr. Amado Alonso” en sus noventa años”. *Ínsula*, 793-794, 38-42.
- » Rosenblat, Á. (1952). “Amado Alonso”. *Cultura Universitaria*, 31, 61-71.
- » Said, E. (1994 [1996]). *Representaciones del intelectual*. Barcelona: Paidós.
- » Sapir, E. (1921 [1952]). *El lenguaje. Una introducción al estudio del habla*. México: Fondo de Cultura Económica.

- » Schuchardt, H. (1928). *Hugo Schuchardt-Brevier: Ein Vademecum der allgemeinen Sprachwissenschaft*. Editado por Leo Spitzer. Halle: Niemeyer.
- » Sesnich, L. (2019). “Nivelar la lengua, consolidar un mercado: Amado Alonso y la “época de oro” de la edición en Argentina”. *Olivar*, 19, 29, e053.
- » Toscano y García, G. (2009). “Materiales para una historia del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires (1920-1926)”. *Revista Internacional de Lingüística Iberoamericana*, VII, 13, 113-135.
- » Toscano y García, G. (2011). *Amado Alonso en el debate acerca de la lengua nacional. El papel del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires en la redefinición del objeto (1923- 1946)*. Universidad de Buenos Aires. Tesis doctoral.
- » Toscano y García, G. (2013). “Materiales para una historia del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires (1927-1946)”. *Filología*, 45, 143- 172.
- » Toscano y García, G. (2016) “Debates sobre la lengua e institucionalización filológica en la Argentina durante la primera mitad del siglo XX”. En: Del Valle, J. (ed.). *Historia política del español. La creación de una lengua*. Madrid: Aluvión editorial, 245-265.
- » Toscano y García, G. (2019). “El futuro de la lengua, la lengua del futuro. Sobre la encuesta del diario *Crítica* (1927)”. *Olivar*, 19, 29, e052.
- » Vidal Claramonte, M. C. Á. (1995). *Traducción, manipulación, desconstrucción*. Salamanca: Ediciones Colegio de España.
- » Vossler, K. (1929 [1955]). *Lengua y cultura de Francia*. Buenos Aires: Losada.
- » Weber de Kurlat, F. (1975). “Para la historia del Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas “Amado Alonso””. En: AA.VV., *Homenaje al Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas “Amado Alonso”*. Buenos Aires: Artes Gráficas Bartolomé U. Chiesino S.A, 1-11.